

creo que lo ha conseguido, aunque la solución sociológica habrá de esperar a la respuesta que darán esos jóvenes e incluso esos niños videntes del programa de Antena 2, o esos atolondrados seres que circundan el asfalto gris de nuestras ciudades cuando, también ellos, se sacrificuen al adquirir esta obra de arte. Si alguna vez se consigue quizás estén dándole la razón a Duby de que en el fondo *und alles Abglanz nur der Gottesträume*.

J.E. R. D.
Bellaterra.

ALAIN GUERREAU: *Le féodalisme, un horizon théorique*, París, ed. Sycomore, 1980, 229 pp.

El acceso a una reflexión global sobre el feudalismo se impone hoy a los medievalistas de una manera urgente. Una necesidad, como quiere Alain Guerreau, en dos aspectos: establecer su significado temporal y espacial, pero también construir un cuerpo conceptual coherente. Crear un *horizonte teórico del feudalismo*.

Este objetivo, que no implica necesariamente novedad, desliza al historiador en una tradición historiográfica concreta; obliga a recapitular, críticamente.

Alain Guerreau lo ha querido llevar a cabo. Su obra constata el *impasse* en que la crisis institucional e intelectual ha situado a la historiografía contemporánea, y la incapacidad generalizada de concebir abstractamente los problemas, particulares o globales; plantea la ineludible necesidad de un esfuerzo de conceptualización y reflexión teórica (pp. 19-29). Al hacerlo traslada su mirada del presente hacia el pasado y redescubre dos ritmos del pensar entrelazados: el de las concepciones generales de la dinámica de la Historia, y más concretamente del feudalismo, y el de las bases epistemológicas del conocimiento histórico.

El primero de ambos se configura en torno a tres historiadores del siglo XIX: François Guizot, Fustel de Coulanges y Jacques Flach; Alain Guerreau los revaloriza con justicia. Sin embargo, de entre los inteligentes planteamientos y fundamentos teóricos de sus obras, me interesa destacar tres características que A. Guerreau desadvierte en sus conclusiones:

En primer lugar, la teoría que sostienen F. Guizot (pp. 45 y 46) y J. Flach (p. 51) de que el feudalismo, exclusivamente como tal, no ha existido nunca. Cierto es que ha de interpretarse, como lo hace A. Guerreau, que el feudalismo como sistema jurídico no se dio jamás, pero con ello ninguno de los dos niega que existiera como alternativa de una clase: la aristocracia, como su modelo de organización de la sociedad y su manera de concebir y ejercer el poder.

Pero no sólo esto. La segunda característica es la concepción generalizada de una sociedad feudal como una sociedad de régimen agrícola, guerrera, y aristocrática, o, según la fórmula de F. de Coulanges, basada en la posesión condicional del suelo en oposición a la propiedad; en la relación de los hombres a su señor en oposición a la obediencia al Rey; y en una jerarquización interna a la propia aristocracia que descansa fundamentalmente en el feudo y el homenaje (p. 50). Aunque es cierto que F. de Coulanges concibe el feudalismo de una manera especialmente amplia (no lo limita a Europa), creo que la idea que subyace a los tres autores es clara: aquello a lo que se viene llamando feudalismo en el sentido estricto, representa una forma de organizar la sociedad opuesta al poder del Rey y al de la Iglesia que la combaten; considerada pasajera e inestable, cierto, equiparada a la barbarie, naturalmente, pero concebida como singular y diferente, y analizada además, en el caso de J. Flach, en su momento histórico más consistente: el siglo XI.

En tercer lugar, me parece una contribución de extraordinaria importancia, las teorías sobre parentesco y parentesco ficticio desarrolladas por J. Flach (p. 51), sobre las que reposa su estudio sobre el sistema social de Francia en los siglos X y XI. Tantas matizaciones e incluso correcciones como pueden hacerle a Jacques Flach la historiografía actual de las estructuras familiares o la antropología del parentesco, no le restarán el innegable valor de haber situado la familia amplia por parentesco real y/o ficticio en la *base del régimen feudal*.

El segundo plano de análisis se centra en la progresión del pensar sobre la Historia a lo largo del siglo XIX (pp. 59 y ss.), y de las posibilidades de un conocimiento histórico. De nuevo una tríada sostiene la estructura principal del edificio: Kant, Herder, y Hegel. En este caso se trata sólo de una exposición elemental de sus principios, de forma que permita comparar y poner en relación el ritmo del pensamiento histórico y el del pensamiento sobre la Historia. Pero esquematizar no significa disolver lo complejo en simple, con las deformaciones que ello conlleva. Una advertencia a las apreciaciones de Guerreau me parece absolutamente necesaria: hablar, como él lo hace, de «sujeto histórico» equiparando el concepto en los tres filósofos (p. 59), aun cuando la razón que le lleve a ello sea puramente práctica, es harto peligroso. Siquiera por un solo motivo: es erróneo. Si se puede afirmar que para Herder el sujeto de la Historia es el «pueblo» y que para Kant lo es el «individuo», habrá que tener muy en cuenta que para ambos la Historia es objeto de conocimiento, lo cual los distancia del concepto de sujeto en Hegel, para quien el «proceso» será a un tiempo sujeto y objeto del conocimiento histórico.

Al evaluar las consecuencias, la diferencia me parece importante. En Hegel debe integrarse el proceso de conocimiento histórico en el pensar, movimiento de determinarse, por tanto, *devenir*, que al desplegarse dialécticamente se remitirá justamente a lo que él no es, *comprendiéndolo*. Se abre así una alternativa de conocimiento que no advierte en modo al-

guno precedente. El mundo actual la recoge como legado; el desarrollo de las investigaciones al respecto y los avances de la dialéctica pueden llevarnos a sostener junto con H. G. Gadamer que hoy «la dialéctica ha menester de reducirse a hermenéutica» (*La dialéctica de Hegel*, Trad. Esp. Madrid, p. 207). No haberlo entendido así, cierra a Alain Guerreau, en el mejor de los casos, una vía de acceso a un horizonte teórico de la Historia y, con ella, del feudalismo.

A. Guerreau desdobra el análisis del siglo XX, como lo ha hecho para el XIX, en dos ritmos de pensamiento, en una doble trayectoria que, muy justamente, considera inseparable. Pero en esta ocasión sus reflexiones han sufrido un cambio sensible.

Los breves análisis sobre diversos autores y escuelas ofrecen en su conjunto una visión correcta de la cuestión (pp. 75-116), sobre todo en cuanto precisan algunos puntos que la historiografía hace tiempo debiera haber centrado en sus justas fronteras. Establece los límites del economicismo y del institucionalismo, el valor de generalización de estudios parciales y la existencia o no de elementos que puedan contribuir a una comprensión global y abstracta del feudalismo. No considero que exista problema importante en lo que dice, éste se advierte mucho más gravemente en lo que no dice. ¿Sorpresa ante las ausencias? ...quizá, pero sorprenderse sería demasiado ingenuo, el paso en falso que da la obra en el anterior capítulo, no podía responder a otros motivos. Ignorar, o mejor, esconder los caminos que traza hoy la historiografía que asume en su seno las consecuencias de la dialéctica, es intentar degradar por olvido, evitar la crítica y el enfrentamiento.

No puede separarse esta actitud de la que toma A. Guerreau en cuanto al pensar sobre la Historia. Este segundo plano de análisis responde a las mismas motivaciones, con una diferencia: en esta ocasión parece tratarse más de una sociología de la historiografía contemporánea que de una crítica al desarrollo del pensar en el siglo XX. Se podría decir que en este caso la ausencia es global, afecta al objeto en sí, y además se expresa abiertamente la voluntad de que así sea, bajo pretexto de *imbecilidad* de los pensadores (p. 119), un buen argumento.

No voy a hacer una contra-crítica del siglo XX, sólo me centraré en un ejemplo evidente: siguiendo una tradición excesivamente enraizada entre los historiadores actuales, Alain Guerreau parece conocer del Pr. Georges Duby tan sólo sus viejas obras; cita en el primer capítulo de su libro dos de ellas, *La société aux XI^e et XII^e siècles dans la région mâconnaise* (cit. en p. 31) y *Guerriers et paysans. VII^e-XII^e siècle. Premier essor de l'économie européenne* (cit. en p. 36), citas, laterales por demás, que no tienen continuidad en el libro. Dos cuestiones: ¿por qué, incluso respecto a la obra de esta época, A. Guerreau no hace una valoración crítica?, ¿por qué, en su momento, lo ignora?, y la segunda, ¿es real su desconocimiento de la actual obra de G. Duby? Desde luego tal desconocimiento es pura apariencia; entre la bibliografía de las obras que de

una manera u otra han contribuido a las reflexiones de A. Guerreau, según sus propias palabras, figura el libro de G. Duby *Les trois ordres ou l'imaginaire du féodalisme* (p. 214). Por ello esta pregunta debe unirse a la primera, y a falta de otra respuesta he de suponer que Alain Guerreau evita enfrentarse críticamente a la obra de G. Duby, olvidándola o ignorándola, sólo aparentemente, toda vez que en su discurso subyacen dispersos y deformados numerosos conceptos acuñados en ella.

De acuerdo con A. Guerreau en los avances de la lingüística, de acuerdo también en los de la antropología, conforme en que las «ciencias sociales» en general pueden aportar al historiador una ayuda preciosa, y que la aplicación de la estadística es necesaria y beneficiosa. De todas formas, estas no son sino cuestiones laterales, de gran valor metodológico, pero marginales al núcleo del problema planteado en la obra. Sean en todo caso bienvenidas.

Si el libro de Alain Guerreau finalizara aquí, dudaría ahora entre alabar la excelente idea de aspirar a una actitud crítica y teórica acerca de la historiografía medievalista contemporánea, o denunciar la práctica sin sentido de una crítica extraviada. Pero Guerreau lo ha dicho al principio: quiere acceder a un horizonte teórico del feudalismo, crearlo, elaborar sus bases. Esta es la intención del último capítulo, que marca necesariamente toda la obra. Me permitiré desdoblarse, también yo, mi crítica; en primer lugar al todo, en segundo a las partes:

En conjunto, la propuesta de Alain Guerreau es demasiado tímida para lo ambicioso de su libro, y demasiado tradicional para su aspiración a lo novedoso: las relaciones de *dominium*, las relaciones de parentesco, la Iglesia y el feudalismo como eco-sistema (léase la integración, en un todo interrelacionado, de actividades sociales: comerciales, guerreras, etc.), son temas harto tratados por la historiografía; concebirlos como los pilares del feudalismo no es tampoco una gran novedad, el propio Marc Bloch los integra en su obra *La sociedad feudal*, por citar tan solo un ejemplo; en todo caso, el lazo de unión, la relación dialéctica entre los cuatro elementos resta, a mi modo de ver, débil y escasamente sistematizado. No es, a fin de cuentas, una alternativa global teórica a la configuración de un horizonte feudal.

De acuerdo con una larga tradición de investigación medievalista, A. Guerreau sitúa las relaciones de *dominium* o relaciones sociales, en su lugar preciso, complejo y no reducible a oposiciones esquemáticas. Analiza el vocabulario de esta relación y señala que el «modo de producción feudal» es ante todo señorial, y su título más significativo es el de *dominus* (pp. 182-183); idea que, como muy bien advierte Jacques le Goff en el prólogo, es originariamente de G. Duby.

En segundo lugar, el análisis de las relaciones de parentesco choca con un serio problema. Siguiendo la tradición marxista, Alain Guerreau concibe el feudalismo como la base de un período que abarca desde el si-

glo V al XVIII. De este modo generaliza unas relaciones que se pueden observar en el último período de esta larga secuencia, pero no antes (pp. 184-191). Si tras largo tiempo los medievalistas venían señalando, en unos aspectos u otros, la singularidad de las relaciones de parentesco tanto con anterioridad al año 1000 como en los primeros siglos del segundo milenio, hoy los más recientes trabajos histórico-antropológicos demuestran con certeza el desarrollo de amplias parentales y de un sistema cognaticio abierto hasta el siglo X, y señalan la existencia de un sistema de parentesco altamente elaborado en los siglos XI y XII que nada tiene en común con los principios que rigen la familia y el parentesco en momentos posteriores. Es falso, con anterioridad al siglo XIII, que no exista distinción entre parentela paterna y materna, que los términos de parentesco carezcan de precisión, que la estructura de parentesco esté subordinada a una estructura eclesiástica, y que el parentesco dependa del pseudo-parentesco o parentesco ficticio, aun cuando éste pueda tener su importancia.

En tercer lugar examina A. Guerreau el feudalismo como ecosistema y realiza una curiosa división en etapas, curiosa en relación al resto de su concepción global del feudalismo; la primera abarca hasta el siglo X y la segunda del XIII al XVIII, los siglos XI y XII forman una fase especial de expansión (pp. 191-200). Grosso modo estoy muy de acuerdo con Alain Guerreau, sólo extraño la repercusión de esta periodización en los demás aspectos de su análisis.

Por último, analiza el papel de la Iglesia. De nuevo surge el problema de la generalización imprudente. Complejo y difícil, el estudio del papel jugado por la Iglesia requiere una gran precisión de fechas y conceptos, cosa que Guerreau no aporta. Situar a la Iglesia como la gran fuerza motriz y principal contribuidora de la cohesión y sacralización del sistema feudal (pp. 204-206), es algo que para sostenerse necesita ser demostrado.

En resumen, el libro de Alain Guerreau, tan prometedor y ambicioso en propósitos, se desvanece lentamente al hilo de su discurso. El horizonte que otea es sólo una falacia; más allá, el mar sigue.

Blanca Gari

Aaron J. GURJEWITSCH

Das Weltbild des mittelalterlichen Menschen, München, Beck, 1980 (Moscú, 1972), 423 pp. y 39 ilustraciones

Con el sugestivo título de *La imagen del mundo del hombre medieval*, el historiador ruso Aaron Gurjewitsch nos ofrece un libro de enorme